

muelas que durase tres meses, hácese insoportable. Más aún, si hubiera que estar en una blanda cama, pero siempre de un lado durante seis meses u oyendo la misma música y la misma representación teatral todos los días y noches del año, llegaríamos hasta desesperarnos.

2.º *¿Qué acontecerá con la pena del infierno?*— ¡Pobres pecadores! ¡Qué ciegos están! Cuando se les amenaza con las penas del infierno, responden: *Pues si voy al infierno, ¡Paciencia!* No hablarán así cuando se vean en él, condenados a padecer, no en una música ni una representación teatral, no una postura fija en una cama confortable, ni un simple dolor de muelas, sino toda clase de tormentos y de males: *Acumularé desgracias sobre ellos*, y todas estas desgracias no tendrán fin.

No acabarán ni disminuirán en lo más mínimo. El réprobo siempre padecerá el mismo fuego, la misma privación de Dios, la misma tristeza, la misma desesperación; sí, porque en la eternidad, dice San Cipriano, no hay mutación, ya que el decreto divino no se cambia jamás.

III. LA INTENSIDAD DE ESTAS PENAS AUMENTA HASTA EL SUMMUM CON LA CONSIDERACIÓN DE LOS TORMENTOS ETERNOS, SIEMPRE PRESENTE A LA MEMORIA DEL CONDENADO.— Este pensamiento redoblará inmensamente su pena, haciéndoles sentir por anticipado todo cuanto en lo futuro habrán de padecer. Daniel, describiendo la felicidad de los elegidos y la desgracia de los réprobos, exclama: *Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, éstos para la vida eterna, aquéllos para oprobio, para eterna ignominia* (Dan. 12, 2). Tendrán siempre ante los ojos su eterna desgracia, de suerte que la eternidad los torturará pesando sobre ellos

no solamente con el peso de los tormentos actuales, sino de todos los tormentos que han de venir.

61. La eternidad de la penas del infierno es tan verdadera como terrible

I.º NOS ASEGURA LA FE QUE EL FUEGO DEL INFIERNO Y LOS TORMENTOS DE LOS CONDENADOS SON ETERNOS.— No se trata ya de opiniones controvertidas entre los teólogos, sino de verdades de fe claramente expresadas en las Sagradas Escrituras. Pero la Escritura, opone un hereje, dice: *Apartaos de mí, vosotros los malditos, al fuego eterno* (Mt. 25, 41), de lo que se sigue que el fuego sí es eterno, pero no el suplicio del condenado. Así habla este incrédulo, pero sobrado audazmente.

¿Para qué otro fin crearía Dios este fuego eterno sino para castigar eternamente a los eternamente reprobados? Y para quitarnos cualquier sombra de duda, en muchos otros lugares de la Sagrada Escritura se nos habla no sólo del fuego, sino también de la pena eterna del condenado: *E irán éstos al tormento eterno* (Ibid. 46). *Su gusano no muere y su fuego no se extingue* (Mc. 9, 18). *Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos* (Ap. 14, 11). *Pagarán la pena con perdición eterna* (Tes. 1, 9).

II. LA RAZÓN, APOYADA EN LA FE, JUSTIFICA LAS PENAS ETERNAS: I.º Responden a la malicia infinita del pecado mortal.— Dice otro incrédulo: «¿Cómo puede Dios castigar justamente el peca-

do, que dura un momento, con una pena eterna?» Respondo que la gravedad del delito no se mide según la duración del tiempo, sino según el peso de la malicia. La malicia del pecado mortal es infinita, como dice Santo Tomás, por lo que el condenado es reo de pena infinita; ahora bien, como la criatura no es capaz de soportar una pena de intensidad infinita, Dios la castiga con una pena infinita en duración haciéndola pena eterna. Además, la justicia exige que la pena se mantenga mientras el culpable persista en su crimen. Se trata a los condenados con la misma medida que a los elegidos: la santidad de los elegidos perdura siempre y siempre perdura su recompensa; respecto a los condenados, ya que su pecado tampoco cesa, no cesará tampoco su castigo. Eusebio de Emesa escribe que, mientras perdure la causa de la voluntad perversa, durará el castigo.

2.º *Responden a la obstinación del condenado.*— Es de tal laya la obstinación del condenado, que, si Dios le ofreciese el perdón, lo rehusaría por el odio que le tiene. El réprobo habla por Jeremías y dice: *¿Por qué se ha hecho perpetuo mi dolor, y mi llaga, desahuciada, rehusa ser curada?* (Jr. 15, 18) En otros términos: mi llaga es incurable porque yo no quiero la curación. Y bien, ¿cómo podrá curar Dios la llaga de la mala voluntad cuando se rehusan los remedios que se pudieran brindar? Por esto el castigo de los réprobos se llama espada y venganza irrevocable: *Yo Yahveh, he sacado mi espada de su vaina y ya no será envainada* (Ez. 21, 5).

III. ES IMPOSIBLE QUE ACABEN LAS PENAS; EL CONDENADO LO SABE Y NO SE FORJA ILUSIÓN ALGUNA EN ESTE RESPECTO.— Así se explica cómo la muerte, que en la tierra era tan espanto-

sa, sea en el infierno tan deseada por los condenados, pero deseada vanamente, puesto que no la hallarán: *Y en los días aquellos buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y ansiarán morir; y huye de ellos la muerte* (Ap. 9, 6). Como remedio a su eterna miseria pedirán la propia exterminación y destrucción, pero *no hay veneno de exterminación*. Si acontece que el verdugo, después de echar abajo de la escalera al condenado a la horca, no lo remata, los espectadores se estremecen con un sentimiento de compasión. ¡Pobres condenados! Viven muriendo continuamente en aquellas penas, pero su muerte es el tormento de la muerte, sin que consigan perder nunca la vida.

«Hay dos muertes, decía San Agustín, una que, sin querer, separa el alma del cuerpo, y otra que mantiene en el cuerpo a quien no lo quiere». La primera saca el alma del cuerpo pecador, que no querría morir; la segunda, que es la muerte eterna, retiene en el cuerpo al alma que desearía la muerte. Dice David: *Puestos en el infierno cual rebaño, que la muerte apacienta*. Las bestias, al pastar, rozan el verde, pero no hieren la raíz, para que la hierba no muera y vuelva a retoñar; así hace la muerte con los condenados: los apacienta con su pena, pero no les quita la vida, que vamos a decir que es la raíz de la pena.

Si los desgraciados réprobos no tienen esperanza alguna de salir algún día de su prisión, ¿podrán al menos alimentar alguna ilusión en este respecto? ¿Quién sabe si tarde o temprano no se compadecerá Dios de mí y quebrantará mis cadenas? En el infierno no hay ilusión ni hay dudas. Allí no hay *quién sabe*; allí no hay *quizás*. El condenado está tan seguro de la existencia de Dios como de la eternidad de su infierno. *¿Te imaginabas que era como tú? Yo te argüiré y*

pondrélo ante tus ojos. Tendrá el condenado sin cesar ante los ojos sus pecados y la sentencia de su eterna condenación. Pondrélo ante tus ojos.

PERORACIÓN. I.º *Salvemos nuestra alma para no merecer las penas eternas.*— Concluyamos. Amadísimos hermanos, nuestro único asunto ha de ser nuestra salvación eterna. El asunto que aquí se ventila, dice San Euquerio, es la eternidad. Se trata de la eternidad, se trata de que, si nos salvamos, seremos por siempre felices en una ciudad de delicias; y se trata de que, si nos condenamos, seremos para siempre desgraciados en el lugar de los tormentos. No es éste asunto de poco peso, sino asunto en que lo ventilamos todo y por toda la eternidad.

Cuando Santo Tomás Moro fue condenado a la muerte por Enrique VIII, Luisa, su mujer, le tentó instándole a que accediera a la voluntad del rey. «Luisa, le preguntó el mártir, ya ves lo anciano que soy; ¿cuántos años te parece que podría aún vivir?» La mujer le respondió: «Aun podrías vivir veinte años». Y Tomás Moro le contestó: «¡Qué bella ganancia me propones! ¿Cómo? ¿Por otros veinte años de vida en este mundo quieres que me condene a una eternidad de tormentos?»

2.º *Tengamos viva fe en esta verdad.*— ¡Dios mío! ¡Se cree en el infierno y se peca! Oyentes míos, no seamos nosotros también locos, como lo fueron tantos que ahora se hallan gimiendo en el infierno. ¡Desgraciados! ¿Qué les resta de los placeres de que disfrutaron en la vida? Hablando San Juan Crisóstomo de los ricos y de los pobres a propósito de la parábola del rico epulón y del pobre Lázaro, dice: «¡Infeliz felicidad que condujo al rico a una eterna infelicidad! ¡Feliz infelicidad que llevó al pobre a una eterna feli-

ciudad!» Los santos se enterraron vivos para no hallarse enterrados después de muertos por toda la eternidad en el infierno.

Aun cuando la eternidad fuera cosa dudosa, debiéramos emplear todos los medios posibles para evitar una eternidad de penas; pero no, no es cosa dudosa, sino que es de verdad de fe que todos, después de esta vida, hemos de entrar en la eternidad para ser por siempre felices o para siempre desgraciados. Decía Santa Teresa que no pocos cristianos se condenan por falta de fe. Reavivemos, pues, nuestra fe y, cuando recemos las palabras del Símbolo: «Creo en la vida eterna»; recordaremos que después de esta vida tiene que venir otra que nunca acaba.

3.º *Sirvámonos de todos los medios para salvarnos.*— Adoptemos todos los medios; hagámoslo todo; sacrifiquémoslo todo, y si se precisara abandonar al mundo para asegurar la salvación eterna, abandonémosle, que, como dice San Bernardo, no hay seguridad que baste cuando peligra la eternidad.

62. La misericordia divina llama a penitencia

I.º *Llamó a nuestro primer padre Adán después del pecado.*— ¿Cuál no sería la extrañeza de los ángeles cuando vieron cómo Dios, después de haber pecado Adán y andar huyendo de su presencia, lo iba buscando y como suspirando tras de él con estas palabras: ¿*Dónde estás?* Palabras, dice Pereira, de un padre que anda buscando al hijo perdido.

2.º *También llama a los pecadores.*— Hermano mío, eso es lo que hizo el Señor contigo; tú huías de Dios, y El tantas veces te ha llamado a penitencia por medio de los confesores y de los predicadores. ¿Quién te hablaba por medio de ellos? Era Dios, cuyos embajadores son los predicadores, como dice San Pablo: *En nombre, pues, de Cristo somos embajadores, como que os exhorta Dios por medio de nosotros* (2 Cor. 5, 20). Por eso el mismo Apóstol escribió a los pecadores de Corinto: *Os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios* (Ibid). San Juan Crisóstomo comenta este paso diciendo: «El mismo Cristo os suplica. Pero ¿qué os suplica? Que os reconciliéis con Dios. La hostilidad no viene de Dios, sino de vosotros». En otras palabras: no es Dios quien se niega a hacer las paces con el pecador, sino el pecador el que se opone a reconciliarse con Dios.

3.º *Llama de distintas maneras.*— Y, a pesar de ello, el Señor no deja de llamarlo con tantas voces interiores, inspiraciones, remordimientos de conciencia y amenazas. Así se portó Dios contigo, cristiano mío, y, al ver que te hacías sordo, se armó contra ti acudiendo a los castigos y llamándote con aquella persecución, con aquella pérdida de intereses, con la muerte de aquel pariente tuyo, con la gravedad de la enfermedad que te amenazaba de muerte; te mostró el arco tendido de su justicia vengadora, no ya para perderte cuanto para salvarte del infierno que habías merecido, como lo dijo por David: *Alzaste una bandera para los que te temen, porque en contra del arco se amparasen, porque sean liberados tus amados* (Sal. 59, 6-7). Tú llamabas desgracias a aquellos reveses, cuando no eran sino misericordias que Dios usaba contigo; eran voces que Dios te daba para que dejases el peca-

do y no te perdieases: *Canséme de gritar, secóse mi garganta*. Hijo, te dice Dios, *cansado estoy de compadecerme*, cansado de rogarte que no me ofendas más.

4.º *Llama lleno de misericordia*.— A causa de tu ingratitud merecías que Dios dejara de llamarte, y, esto no obstante, continúan los esfuerzos de su misericordia. Pero ¿quién te llamaba? El Dios de infinita majestad que un día te ha de juzgar, y que decidirá de tu felicidad o de tu ruina eterna. Y tú ¿quién eres sino un gusanillo merecedor del infierno eterno? Y ¿para qué te llamaba? Para hacerte recuperar la vida de la gracia, que habías perdido. *Arrepentíos, pues, y viviréis*. Para recobrar la gracia de Dios poco serían cien años encerrado en un desierto y entregado a ayunos y maceraciones, pero Dios te la ofrecía por un acto sencillo de dolor.

5.º *Llama lleno de ternura perseverante*.— Te resististe de nuevo, y, lejos de abandonarte, oíste a tu Dios diciéndote: *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?* (Ez. 18, 32) Como el padre que fuera corriendo quejoso tras el hijo resuelto a echarse al mar, así Dios se te acercó para decirte, lleno de compasión por tu alma: Hijo mío, ¿por qué te quieres condenar? *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?*

Como la palomita deseosa de entrar en el palomar, cuya ventana está cerrada, va una vez y vuelve ciento y no deja de rondarla hasta que halla abierto un resquicio por donde entrar, así decía San Agustín que hacía con él la misericordia divina cuando se hallaba en desgracia de Dios. Lo propio hizo el Señor contigo, hermano mío. Cuando pecaste y cada vez que pecaste, querías arrojar a Dios lejos de ti, como se expresa Job: *Ellos decían a Dios: «Apártale de noso-*

tros». Y Dios, en vez de abandonarte, ¿qué hacía? Poníase a la puerta de tu ingrato corazón y, dando con los nudillos, te hacía ver que quería entrar: *Mira que estoy a la puerta y doy aldabadas*, y te suplicaba que le abrieses al menos por compasión: «¡Abreme, hermana mía!» Abreme, te decía, porque quiero librarte de tu ruina, y, si rompes con el pecado, te prometo olvidarme de todos los disgustos que me diste.

6.º *Llama lleno de condescendencia*.— ¿Tal vez no quieras abrirme ahora por temor a empobrecerte si restituyes los bienes que no son tuyos o si abandonas la amistad de quien te mantiene? Y ¿es que yo, dice Dios, no te puedo proveer? O ¿quizás temes vivir una vida triste si abandonas la amistad que te tiene separado de mí? Y ¿yo no te puedo contentar y hacer que vivas felizmente? Pregúntaselo a los que aman sinceramente, y te dirán que, contentos y felices con la posesión de mi gracia, no cambiarían su estado, por humilde y pobre que fuere, por todos los placeres y riquezas de los monarcas.

63. La misericordia divina espera a que se conviertan los pecadores

I. ¿QUIÉN ESPERA?: I.º *Un Dios omnipotente, que, lejos de castigaros, como estaba en su derecho, os colma de beneficios*.— Después de haber considerado la misericordia con que Dios se digna llamar a los pecadores, consideremos ahora la paciencia con que los espera a penitencia. Al considerar la divina paciencia con los pecadores, la gran sierva de Dios doña

Sancha Carrillo, penitente de S. Juan de Ávila, decía que deseaba edificar una iglesia y dedicarla a *La Paciencia de Dios*.

¡Ah, pecadores míos!, y ¿quién pudiera ejercer con vosotros la paciencia que ejerció Dios? Si hubierais insultado a un hombre como insultasteis a Dios, aun cuando hubiera sido vuestro mejor amigo o aun vuestro propio padre, no habría tenido más remedio que vengarse. Cuando ofendíais a Dios, podía haberos castigado al instante; tornasteis a ofenderle, y Dios, en vez de castigaros, os devolvió bien por mal, os conservó la vida, os rodeó de todos su cuidados providenciales, aparentó no ver los pecados, y todo con la mira de ver si conseguía que os enmendaseis y cesarais de injuriarlo.

2.º *Un Dios santo, que tolera tantos y tantos pecados.*— Pero ¿qué, Señor? No podéis soportar la vista de un solo pecado, ¿y luego toleráis en silencio que tantos hombres se entreguen a la iniquidad? *No puedes contemplar (indiferente) la iniquidad. ¿Por qué miras a esos pérfidos y callas?* (Hab. 1, 13) Veis al vengativo, que prefiere su honor al vuestro; al ladrón, que, en vez de avergonzarse de sus liviandades, se vanagloria de sus excesos; al escandaloso, que, no contento con ofenderos, incita a los demás a la ofensa. Veis todo esto y calláis. Y ¿cómo se explica que no lo castigéis?

3.º *Un Dios clemente, que detiene la venganza de las criaturas.*— Escribe Santo Tomás que todas las criaturas que sirven al Creador arden en deseos de vengarse de los pecadores, y como dijo el libro de la Sabiduría: *La Creación, sirviendo a ti, su Hacedor, se embravece para castigo de los injustos*. Sí, dice Santo Tomás, la tierra, el fuego, el aire, el agua, como siervos del Señor, quisieran, como por natural instin-

to, castigar al pecador y vengar las injurias con que ofende al Creador. Dios, empero, en su infinita bondad, las detiene.

II. ¿QUÉ ES LO QUE ESPERA? AL PECADOR QUE ABUSA DE SU BONDAD.— Pero, Señor, vos esperáis al pecador para que se convierta, y ¿no veis que abusan de vuestra misericordia para ofenderos más? En efecto, los esperasteis tanto tiempo, detuvisteis su castigo, y ¿qué provecho sacasteis? Que anduviesen de mal en peor. ¿Por qué tanta paciencia con semejantes ingratos? ¿Por qué continuáis esperándolos y no los castigáis? *Yahveh, dice Isaías, espera confiado en obrar graciosamente con vosotros; por eso ansía de vosotros compadecerse* (Js. 26, 15), a fin de que el pecador entre en sí mismo y Dios pueda perdonarlo y salvarlo. *Vivo yo, afirma el Señor Yahveh, que no me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se convierta de su camino y viva* (Ez. 33, 11). San Agustín llega a decir que, si Dios no fuese Dios, sería injusto por la sobrada paciencia que usa con los pecadores. En efecto, que Dios perdone al pecador y que éste se sirva de su paciencia para pecar más, parece una injusticia que se hace al honor divino. El santo doctor continúa: «Cometemos el pecado y nos aficionamos a él, y hay quienes de tal modo pactan con sus crímenes, que duermen en ellos semanas y meses; nos gloriamos del pecado, pues hay quienes se glorian de sus bajezas, y vos, Dios mío, quedáis tranquilo. Os provocamos a cólera, y vos nos provocáis a misericordia...» Diríase que luchamos con Dios, nosotros provocando sus castigos y El ofreciéndonos su perdón.

III. ¿CÓMO LE ESPERA? *Tiernamente, llamándole con invitaciones amorosas.*— ¿Qué es un hom-

bre, pregunta Job, para que en tanto le tengas y para que pongas en él tu atención, para que lo inspecciones cada mañana y a cada momento lo escudriñes? (Job. 7, 17) Los pecadores se alejan de Dios, escribe San Dionisio Areopagita, pero Dios, a impulsos del ardor de su caridad, corre en pos de ellos, conjurándoles que no se pierdan. Ingratos, les dice, ¿por qué huís? Yo os amo y sólo quiero vuestro bien. Santa Teresa decía: «Mirad, mirad que os ruega ahora el juez que os ha de condenar... ¡Oh, váleme Dios! ¡Oh, váleme Dios! ¿Qué gran tormento es para mí cuando considero qué sentirá un alma que siempre ha sido acá tenida, y querida, y servida, y estimada, y regalada, cuando entienda claro que no ha de tener fin: que allí no le valdrá querer no pensar las cosas de la fe (como acá ha hecho), y se vea apartar de lo que le parecerá que aun no había comenzado a gozar».

64. La misericordia divina acoge a los pecadores arrepentidos

¿Cómo acoge la misericordia divina?

I.º *Seguramente.*— Si un súbdito se rebela contra su rey y se le presenta para pedirle perdón, éste se desdeña de recibirlo y ni siquiera le favorece con una mirada. No obra así Dios cuando vamos a pedirle humildemente perdón: *Yahveh, Dios nuestro, es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro si os convertís a El* (2 Par. 30, 9). Dios no entiende de volver el rostro a quienes caen arrepentidos a sus plantas, como el mismo Jesús declaró por estas pala-

bras: *Al que viniere a mí no le echaré fuera.* Y en realidad, ¿cómo lo podría rechazar, cuando El mismo lo invita a volver, prometiéndole sus abrazos? Y en el libro de Zacarías dice el Dios de los ejércitos: *Volveos a mí dice Yahveh Sebaot, y yo me volveré a vosotros* (Zac. 1, 3).

2.º *Tiernamente.*— ¡Con cuánta ternura abraza Dios al pecador que se convierte! Esto precisamente quiso dar a entender a Jesucristo cuando dijo, como apuntamos en el exordio, que El es el buen pastor, que al encontrar a la ovejuela perdida la carga amorosamente sobre los hombros: *Y en hallándola, pónesela sobre los hombros.* Lo mismo significó en la parábola del hijo pródigo, dándonos a entender que es el padre que al retornar el hijo perdido sale a su encuentro, lo abraza, lo besa y, al recibirlo, no puedo contener la alegría que lo embarga: *Estando él muy lejos todavía, vióle su padre, y se le enterneció el corazón, y, corriendo hacia él, echósele al cuello y se lo comía a besos* (Lc. 15, 5).

3.º *Generosamente.*— Más aún: Dios afirma que, no bien el pecador se arrepiente, le son perdonados sus pecados y se olvida de ellos, como si nunca le hubiera ofendido. *Si el impío se convierte de todos sus pecados que cometió, y observa todos mis preceptos, y practica el derecho y la justicia, vivirá de seguro, no morirá. Ninguno de sus pecados que cometió le será recordado* (Ez. 18, 21-22). Y hasta llega a decir por Isaías estas palabras: *Venid, hagamos cuentas, dice Yahveh; aun cuando vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve han de blanquear; aunque fuesen rojos cual la púrpura, quedarán (blancos) como la lana* (Js. 1, 18). Si vuestras conciencias fuesen horriblemente negras, Dios promete blanquearlas más

que la nieve. Pecadores, parece decir Dios, venid y, si yo no os perdonare ni os diere mi amistad, echadme en cara el haber faltado a mis promesas. Pero no, Dios no sabe despreciar el corazón que se humilla y se arrepiente: *Un corazón contrito y humillado, ¡oh Dios!, no lo desprecias* (Sal. 50, 19).

El Señor cifra su gloria en usar de misericordia y perdonar a los pecadores: ¡Oh, Dios, le dice la santa Iglesia, que manifiestas tu omnipotencia sobre todo cuanto perdonas y te compadeces!»

PERORACIÓN.— No pienses, pecador hermano mío, que el perdón se haga esperar mucho tiempo, pues se te dará tan pronto como tú quieras. He aquí las palabras de la Escritura: *No has de llorar en modo alguno; con certeza obrará gracia contigo, atendiendo a la voz de tu grito de auxilio; en cuanto lo oiga te responderá* (Js. 30, 19). No, no tendrás que llorar durante mucho tiempo, pues a la primer lágrima de dolor de tus pecados, Dios se compadecerá de ti: *En cuanto lo oiga te responderá*. No obra Dios con nosotros como obramos nosotros con El. Dios nos llama, y nos hacemos sordos; Dios, no: *en cuanto lo oiga te responderá*. Nada más que te oiga decirle: «Perdonadme, Dios mío», te responderá al punto y te concederá el perdón. (Excitación al arrepentimiento.)

65. Compasión de Jesucristo manifestada por la Redención

I. LA REDENCIÓN CONSIDERADA EN SÍ MISMA.— Nuestro amantísimo Redentor, conmovido has-

ta las entrañas de su misericordia con los hombres, que gemían desgraciadamente bajo la esclavitud del pecado y del demonio, bajó del cielo a la tierra para redimirlos y salvarlos de la muerte eterna con su propia muerte. Así lo cantó Zacarías, padre del Bautista, cuando fue a su casa la Santísima Virgen María, hecha ya Madre del Verbo encarnado: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, por las cuales nos visitará un Sol que nace desde lo alto* (Lc. 1, 78).

II. EN LA FINALIDAD DE LA REDENCIÓN: 1.º *Jesucristo quiso que los pecadores tuviesen la vida, y una vida más abundante que la que perdieron por el pecado.*— Jesucristo mismo, al declarar que era el buen pastor que había bajado a la tierra para salvar a sus ovejuelas, dijo: *Yo vine para que tengan vida y anden sobrados* (Jn. 10, 10). Notad la expresión *anden sobrados*, que da a entender que Jesús no vino tan sólo a hacer que recuperásemos la gracia perdida, sino para darnos una vida más abundante y mejor que la que perdimos por el pecado. Sí, porque, como dice San León, Jesucristo con su muerte nos trajo mayores bienes que males nos había traído el demonio con el pecado. Esto quiso dar a entender el Apóstol cuando escribió: *Donde aumentó el delito, sobreabundó la gracia* (Rm. 5, 20).

2.º *Con tantos sufrimientos y muerte tan cruel quiso conquistar su amor.*— Pero, mi Señor, puesto que quisisteis revestiros de carne humana, bastaba una sola oración vuestra para redimir todos los hombres. ¿A qué, pues, vivir vida tan pobre y despreciada durante treinta y tres años? ¿A qué morir tan amarga e ignominiosamente en infame patíbulo y derramado toda vuestra sangre a puros tormentos? —Sí, responde Jesucristo, comprendo que fueran bastantes una sola

gota de mi sangre, una sencilla súplica mía para salvar al mundo; pero no eran bastantes para demostrar el amor que profeso a los hombres. Por esto quise padecer tanto y morir muerte tan atroz, para que los hombres me amasen luego de verme muerto por su amor. Esto trae consigo el ser buen pastor: *Yo soy el buen pastor. El buen pastor expone su vida por las ovejas* (Jn. 10, 11).

III. EL AMOR QUE LA INSPIRÓ: 1.º *Jesucristo dio su vida en señal del afecto que nos tenía.*— ¡Oh, hombres; oh, hombres!, ¿qué mayor prueba de afecto os podía dar el Hijo de Dios que sacrificar la vida por sus ovejas? *En esto hemos conocido*, dice San Juan, *la caridad, en que El dio su vida por nosotros* (1 Jn. 3, 16). Y Jesucristo dijo: *Mayor amor que éste nadie le tiene: que en dar uno la vida por sus amigos* (Jn. 15, 13). Pero vos, Señor, hicisteis más, ya que no moristeis tan sólo por los amigos, sino también por nosotros, que con nuestros pecados éramos enemigos vuestros: *Siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rm. 5, 10).

2.º *El Padre sacrificó a su Hijo, y el Hijo se inmoló por nosotros a la justicia divina.*— «¡Oh amor inmenso de nuestro Dios, exclama San Bernardo, que, para perdonar a los esclavos, ni el Padre perdonó al Hijo ni el Hijo se perdonó a sí mismo!» Para perdonarnos a nosotros, viles esclavos rebeldes, el Padre rehusó perdonar al Hijo, y el Hijo no quiso perdonarse a sí mismo, sino que satisfizo con su muerte a la justicia divina por los pecados que nosotros cometimos.

66. Conmovedores rasgos de la vida del Salvador

I. JESUCRISTO PERDONA A LOS PECADORES Y LOS DEFIENDE. LOS SAMARITANOS.— Próximo ya a la pasión, fue un día Jesucristo a Samaria; los samaritanos no quisieron recibirlo, por lo que Santiago y San Juan se indignaron contra ellos por la injuria que hacían a su Maestro, y, vueltos a El, le preguntaron: *Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?* (Lc. 11, 54) Jesús, lleno siempre de mansedumbre, aun con quienes lo despreciaban, ¿qué les respondió?: *Vuelto a ellos, los reprendió, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no vino a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas* (Lc. 9, 55-56). Acre reprimenda, cuyo sentido era éste: Ese no es espíritu mío, que lo es de paciencia y de compasión con los pecadores, pues yo vine a salvar las almas y no a perderlas, y ¿aun me habláis de fuego, de castigos y de venganzas? Y en otra circunstancia decía a sus discípulos: *Aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 20). No quiero que aprendáis de mí a castigar, sino a practicar la mansedumbre y a soportar y a perdonar las injurias.

II. VA EN SU BUSCA Y LOS ACOGE ALEGREMENTE. LA OVEJA PERDIDA.— Sobrado conocida es la ternura de su corazón cuando dijo: *¿Qué hombre de vosotros que tenga cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y se va a buscar la perdida, hasta que la halla?* (Lc. 15, 4) Y luego añade: *Y en hallándola, pónsela sobre los hombros gozoso, y, llegando a su casa, convoca a los amigos y a los vecinos y les dice: Dadme el parabién, porque hallé mi*

ovejuela perdida (Lc. 5, 5-6). – Pero, Señor, la alegría debe ser no tanto vuestra cuanto de la ovejuela por haberos encontrado a vos, su pastor y su Dios. – Sí, dice Jesucristo, la ovejuela disfrutará al encontrarse a mí, su pastor; pero mayor es el contento mío al recobrar la ovejuela perdida. – Y concluye diciendo: *Os digo que de igual manera habrá en el cielo mayor gozo por un solo pecador penitente que no por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia* (Lc. 15, 7). Y ¿habrá pecador tan duro que, oyendo esto y conociendo el amor con que Jesucristo está presto a abrazarlo y cargarlo sobre sus hombros si se arrepiente de sus pecados, dude en lanzarse al punto a sus plantas?

III. LOS ACOGE CON TERNURA Y GENEROSIDAD CUANDO RETORNAN. EL HIJO PRÓDIGO.– De igual modo declaró el Señor su ternura con los pecadores en la parábola del hijo pródigo, como lo refiere San Lucas, refiriendo cómo cierto joven, impaciente por liberarse de la autoridad paterna, para seguir con toda libertad la carrera del libertinaje, decidió reclamar la herencia. El padre tuvo que dársela, muy a su pesar, previendo la desgracia que iba a acontecer. Efectivamente, el joven dejó la casa paterna, y, habiendo en poco tiempo disipado el capital, cayó en miseria tal, que para poder vivir tuvo que ponerse a guardar una manada de puercos.– He aquí la imagen del pecador que ha abandonado a Dios, perdido la divina gracia y disipado cuantos méritos había adquirido, viniendo a caer en postración tal que se ve reducido a la esclavitud del demonio. Refiere luego San Lucas que, al verse el joven reducido a miseria tanta, resolvió retornar a su padre; y el padre, figura de Jesucristo, cuando vio que el hijo volvía a sus plantas, sintióse al punto movido a compasión: *Vióle su padre, y*

se le enterneció el corazón (Lc. 15, 20). Después, en vez de tratarlo con el rigor que merecía su ingratitud, ¿qué es lo que hizo? *Corriendo hacia él echósele al cuello y se lo comía a besos* (Ibid). Después dijo a sus criados: *Presto, sacad el mejor vestido y vestídselo* (Ibid. 22). *El mejor vestido* representa la gracia divina, que Dios restituye a los pecadores al concederles el perdón con el acompañamiento de los dones celestiales nuevos, como explica San Jerónimo y San Agustín. *Ponedle una sortija en su mano* (Ibid); dadle el anillo de esposa, porque el alma, al recobrar la gracia de Dios, vuelve a ser esposa de Jesucristo. Y *traed el novillo cebado y matadle, y comamos y hagamos fiesta* (Ibid). El novillo cebado representa a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, místicamente sacrificado e inmolado en el altar, es decir, en la comunión. Presto, *comamos y hagamos fiestas*. Pero ¿por qué, Padre divino, tan fiesta por el retorno de un hijo que ha sido tan ingrato? *Porque este hijo mío estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue hallado* (Lc. 15, 24). Lo celebro porque este hijo mío estaba muerto para mí y ahora resucita; lo había perdido y ahora lo vuelvo a encontrar.

IV.AL PUNTO LOS PERDONA: I.º *A pesar de la muchedumbre de su pecados. María Magdalena, etc.* — ¡Qué prueba de ternura no dio también Jesucristo a la mujer pecadora, que San Juan Crisóstomo cree haber sido Santa María Magdalena, la cual se postró un día a los pies de Jesucristo, como se lee en San Lucas, y se los lavó con sus lágrimas! Vuelto el Señor a ella, la consoló diciendo: *Quedan perdonados tus pecados. Tu fe te ha salvado; vete en paz* (Jn. 5, 14).

¡Qué prueba de ternura no manifestó también al pobre desde hacía treinta y ocho años enfermo de cuer-

po y alma! El Señor lo curó de su mal, perdonóle sus pecados y le dijo: *Mira, has sido curado; no peques ya más, no sea que te acaezca algo peor.*

También experimentó esta ternura el leproso, que dijo a Jesucristo: *Señor, si quieres, puedes limpiarme* (Mt. 8, 2). Y Jesucristo le respondió: *Quiero; sé limpio.* Cual si dijera: «Lo quiero, porque para esto bajé del cielo, para consuelo de todos; estás curado como deseas»; y así aconteció al instante: *Y al punto fue curada su lepra* (Ibid).

2.º *A pesar del escándalo de sus crímenes. La mujer adúltera.* – Lo experimentó también la mujer adúltera que presentaron a Jesucristo los fariseos diciéndole: *En la ley, Moisés nos mandó que a semejantes mujeres las apedreásemos; tú, pues, ¿qué dices?* (Jn. 8, 5) Y esto, como nota San Juan, lo decían para tentarlo a que respondiese, para poderlo acusar como transgresor de la ley si respondía que no se la castigase o para mancillar su espíritu de mansedumbre si respondía que se la apedrease. Así opina San Agustín. Y ¿qué respondió el Señor? No respondió ni una cosa ni otra, sino que, inclinándose, escribió con «el dedo en la tierra». *Jesús, inclinándose hacia el suelo, escribió con el dedo en la tierra* (Ibid). Este escrito en la tierra era, según los intérpretes, probablemente, algún texto en la Sagrada Escritura trazado por nuestro Señor en la arena, y en que los fariseos podían leer sus propios pecados, mayores tal vez que los de la mujer; y luego de ello les dijo: *Quien de vosotros esté sin pecado, sea el primero en apedrearla* (Ibid) Ellos, como nota el evangelista, se escaparon uno tras otro, quedando solamente la mujer, vuelto a la cual el Señor, díjole: *¿Nadie te condenó? Ella dijo: Nadie, Señor. Dijo Jesús: Tampoco yo te condeno: anda, y desde ahora no peques más* (Jn. 8, 10-11).

67. Invitaciones apremiantes que Jesucristo dirige a los pecadores más obstinados

I. SÚPLICA A LOS MÁS OBSTINADOS PECADORES PARA QUE TENGAN COMPASIÓN DE SU ALMA.— No, Jesucristo no vino a condenar a los pecadores, sino a librarlos del infierno, con tal de que se quieran convertir. Cuando los ve obstinados en su perdición, les suplica, hasta cierto punto, con lágrimas: *¿Por qué queréis morir, oh casa de Israel?* (Ez. 33, 11) Cual si pretendiese decir: «Hijo míos, ¿por qué queréis morir, por qué queréis ir al infierno, si yo bajé del cielo para libraros con mi muerte de él?» Y luego añade por el mismo profeta: «Estabais muertos; volved a mí y os restituiré la vida que habíais desdichadamente perdido. *No me complazco en la muerte de cualquier que sea, afirma el Señor Yahveh; arrepentíos, pues, y viviréis*» (Ez. 18, 32).

Mas puede ser que haya algún pecador sobrecargado de pecados que se diga a sí mismo: «Y ¿quién sabe si Jesucristo no me rechazará?» «No, le responde Jesucristo: *Al que viniere a mí no le echaré fuera* (Jn. 6, 37). No rechazaré a nadie de cuantos a mí acuden arrepentidos de sus pecados, aun cuando fueran ellos muchos y enormes».

II. PROMÉTELES EL PERDÓN DE SUS PECADOS Y LES DA PLENA SEGURIDAD DE ELLO. — He aquí todavía con qué términos nuestro Redentor nos anima a caer a sus plantas, con la segura esperanza de ser perdonados y consolados: *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré* (Mt. 11, 28). Venid a mí todos, pobres pecadores que os fatigáis tanto para condenaros y que gemís bajo el peso de vues-

tras iniquidades; venid, y yo os aliviaré de todas vuestras angustias. Y llega hasta decir: *Venid, hagamos cuentas, dice Yahveh; aun cuando vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve han de blanquear* (Js. 5, 18). Venid arrepentidos de las ofensas que me hicisteis, y si no os perdonare, hacedme cuentas; como si dijese: Atreveos conmigo y echadme en cara mi falta de palabra, ya que os prometí que aun cuando fuesen vuestros pecados como la grana, es decir, aun cuando fuesen horrendos y enormísimos, vuestra conciencia, por medio de mi sangre, con que la lavaré, quedará blanca y bella como la nieve.

PERORACIÓN: 1.º *Vayamos a Jesucristo.*— Ea, pues, pecadores mis hermanos, vayamos, vayamos a Jesucristo, a quien abandonamos.

2.º *Apresurémonos, no sea que nos perdamos.*— Apresurémonos, no sea que nos sorprenda la muerte en pecado y seamos condenados al infierno, donde todas las misericordias que el Señor nos prodiga actualmente serán, si no nos encomendáramos, otras tantas espadas que nos desgarrarían el corazón por toda la eternidad.

68. María es la reconciliadora de los pecadores con Dios

I. DIOS CONSTITUYÓ A MARÍA RECONCILIADORA ENTRE EL Y LOS HOMBRES: 1.º *Pruebas.*— María fue dada al mundo como medianera de paz entre los pecadores y Dios. He aquí cómo la hace hablar el Espíritu Santo en el libro del Cantar de los Cantares: *Yo*

soy muralla; mis pechos son como torres; soy, pues, a su ojos como quien ha hallado la paz (Cant. 8, 10). Yo soy, dice nuestra Madre, el refugio de quienes se encomiendan a mí; mis pechos, es decir, mi misericordia, es cual torre de defensa para cuantos en mí se refugian; sepan, pues, los que incurrieron en su cólera que Dios me confió la misión de reconciliar los pecadores con El. «Gracias a María, dice el cardenal Hugo, los pecadores hallan la paz; los moribundos, la salud; los desesperados, la misericordia». Por esto ella misma se proclama *hermosa... cual los pabellones de Salomón*. En los pabellones de David no se hablaba más que de guerra, en tanto que en los de Salomón sólo se trataban asuntos de paz. Quiero decir que María en el cielo no trata sino asuntos de paz y perdón para nosotros, pobres pecadores. Por esto San Andrés Avelino la llamaba *la negociadora del paraíso*. Pero ¿cuál es este cometido de María? Estar incesantemente en presencia de su Hijo rogando por nosotros, como dice el Venerable San Beda; y el Beato Amadeo añade igualmente que la Santísima Virgen está siempre ante el trono del Creador ofreciéndole sus poderosas oraciones en favor nuestro.

2.º *Explicaciones*. – He aquí el ministerio de María Santísima ante Dios: alcanzarnos con sus poderosísimas oraciones toda clase de gracias, si no las rehusamos. Y ¿se hallará tal vez quien rehuse las gracias que le quiera alcanzar esta Madre de Dios? Ciertamente que los hay, y son cuantos no quieren abandonar el pecado, tal amistad, tal ocasión; los que no restituyen los bienes ajenos; estos tales rehusan las gracias de María, porque María les quiere alcanzar la gracia de restituir, la de cortar con la amistad infame o con la ocasión peligrosa, y ellos no lo quieren hacer, y al no querer hacerlo rehusan positivamente las gracias de la Señora.

II. MARÍA DESEMPEÑA REALMENTE ESTE OFICIO DE MISERICORDIA.— ¿Cómo podría la Santísima Virgen dejar de compadecerse de nosotros y rehusar venir en nuestro socorro con la ternura más maternal, ella que desde lo alto del cielo ve tan claramente nuestras miserias y nuestros peligros? «Ella sabe, dice el Beato Amadeo, los peligros que corremos, y, por su bondad y clemencia, su corazón maternal se compadece de nosotros».

1.º *Se compadece de los pecadores.*— Cierta día oyó Santa Brígida que Jesucristo decía a María Santísima: «Pídeme, Madre mía, lo que quieras». Y María le respondió: «Pido misericordia para los desgraciados. Pues ya que me habéis constituido Madre de misericordia y abogada de los desgraciados, ¿qué he de pedir si no que seáis compasivo con los pecadores?» En suma, dice San Agustín, que en el cielo no tenemos entre todos los santos quien más solícito sea por nuestro bien que María Santísima.

2.º *Los protege contra los golpes de la venganza divina.*— Isaías se lamentaba diciendo: *He aquí que tú te airaste, pues hemos pecado... Y no hubo nadie que invocase tu nombre, que despertara para aferrarse a ti.* Dice San Buenaventura que con razón hablaba así el profeta, porque entonces no existía María; en tanto que, si al presente quisiera Jesucristo castigar a un pecador y éste se encomendara a María, ella con sus ruegos ante su Hijo lo salvaría del castigo. Nadie como ella tan apto, prosigue el santo, como lo es María para detener con sus manos la espada de la divina justicia de encima de la cabeza del culpable.

3.º *Los reconcilia con Dios.*— Sobrada razón tenía San Andrés Cretense para saludar a María como la paz de Dios con los hombres; y San Juan Justino la

llamaba árbitra suprema. Llámase árbitro a aquel a quien ambas partes escogen para ponerlas de acuerdo. Con esto quiere dar a entender San Justino que Jesucristo pone en manos de su Madre las razones que le asisten como juez contra el pecador, para que ella negocie las paces; el pecador, por otra parte, también se pone en sus manos; y de este modo María procura que el pecador se enmiende y se arrepienta y que su Hijo le otorgue el perdón, sellando así las paces. Este es el oficio de misericordia que no cesa ella de desempeñar.

Cuando Noé vio que había cesado el diluvio, soltó una paloma, que retornó con un ramo de olivo en el pico, que era como señal de la paz que Dios concedía al mundo. Esta paloma fue imagen de María. ¡Oh María!, le dice San Buenaventura, vos sois la fidelísima paloma de Noé y fidelísima medianera entre Dios y el mundo, sumergido en el diluvio espiritual. Sois, ¡oh María!, la paloma fidelísima a quien la invoca, que, intercediendo ante Dios por nosotros, nos alcanzasteis la paz y la salvación. San Epifanio le decía: «Por vos nos fue dada la paz celestial». El autor del Pomerio se pregunta por qué se mostraba Dios tan severo en la antigua ley, que castigaba con diluvios, lluvias de fuego, serpientes venenosas y castigos similares, al paso que ahora usa de tanta misericordia para quienes tal vez tenemos mayores pecados. Y responde: «Todo esto lo hace por la Virgen»; todo lo hace por amor a María Santísima, que intercede por nosotros. «Tiempo hace ya, dice San Eugenio, que el cielo y la tierra se habrían desconcertado si no los hubiera contenido María con sus oraciones».

69. María se llama con justicia nuestra esperanza

I. LA IGLESIA PROCLAMA A MARÍA ESPERANZA NUESTRA: I.º *Explicaciones.* La Iglesia quiere que llamemos a María Santísima nuestra esperanza. No llevaba en paz el impío Lutero que la Iglesia nos enseñase a llamar a María esperanza nuestra, alegando que debemos poner únicamente nuestra esperanza en Dios, y no ya en criatura alguna, porque Dios maldice a quien confía en el hombre: *Maldito el hombre que confía en el hombre.* Es cierto, pero sólo cuando se confía en las criaturas en cosas de ofensa de Dios, o independiente-mente de Dios, pero no cuando confiamos en María como mediadora ante el Señor. Así como Jesucristo es nuestro mediador de justicia ante el Padre Eterno, ya que por su pasión nos obtuvo, a título de justicia, la gracia del perdón a los pecadores arrepentidos, así María es mediadora de gracia ante el Hijo, y tal mediadora que con sus oraciones alcanza al punto cuanto quiere de su Hijo; que por esto ordenó el Hijo que todas las gracias pasasen por manos de su Madre. «Dios, dice San Bernardo, puso la plenitud de todos los bienes en manos de María, de modo que, si esperamos algo, la gracia, la salvación, reconozcamos que todo lo recibimos por mediación de María.» El Señor puso en manos de María el tesoro de todas las misericordias que quiere dispensarnos, pues desea nos convenzamos de que por su mediación nos dispensa toda clase de bienes, que por eso San Bernardo la llamaba su máxima confianza y toda la razón de su esperanza, y acababa exhortando a todos a pedir las gracias por medio de María. Por esto también la Iglesia, a despecho de Lutero, enseña a llamar a María esperanza nuestra.

II. LOS SANTOS APLICAN A MARÍA LOS NOMBRES SIMBÓLICOS DE LA SAGRADA ESCRITURA: 1.º *Explicaciones.*— Por esto también los santos llaman a María escalera, ciudad de refugio y luna. Llámase la escalera de los pecadores, dice San Bernardo, es decir, de aquellos a quienes sus pecados separaron de Dios, porque, como dice Isaías, *vuestros delitos son los que ponen separación entre vosotros y vuestro Dios*. El alma en gracia está unida con Dios y Dios con ella: *Quien permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él*; pero cuando el alma vuelve a Dios las espaldas por el pecado mortal, sepárase de Dios y cae en el abismo de las miserias, alejada de Dios mientras perdura el pecado.

2.º *Escalera.*— Pues bien, ¿dónde habrá una escalera por la que estas infelices almas puedan subir para unirse nuevamente a Dios? Esta escalera es María, y si el pecador acude a ella, por cargado y maloliente de pecados que esté, María no se desdeña de tenderle la mano y sacarlo de la sima de la perdición. San Bernardo dice a María: «No aborreces al pecador, por sucio que se halle; al contrario, si se llegare a ti, lo acoges con ternura maternal y lo sacas del abismo de la desesperación».

3.º *Luna. Hermosa cual la luna.*— Porque, como dice San Buenaventura, así como la luna se halla entre el sol y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores para alcanzarles la divina gracia.

4.º *Ciudad de refugio.*— Por esto también se la llama *ciudad de refugio*, como le hace decir San Juan Damasceno: «Yo soy la ciudad de refugio y recibo a cuantos en mí se refugian». Había en la antigua ley cinco ciudades de refugio, y les bastaba a los crimina-

les franquear sus puertas para librarse del castigo de la justicia. Hoy no hay tantas ciudades de refugio, sino una sola, que es María Santísima, y el que consigue refugiarse en ella estará seguro que no habrá de ser castigado por la divina justicia. En aquellas ciudades no estaban seguros todos los delincuentes, ni valían para todos los delitos cometidos; pero María es ciudad de refugio que recibe y salva a toda suerte de reos. No hay pecador, dijo ella a Santa Brígida, tan abandonado que, si se me encomienda, no pueda volver a Dios y alcanzar misericordia.

70 María merece la confianza de todos los pecadores

1.º *María cifra su felicidad en socorrer a los pecadores y es su obligación.*— María no sólo no se desdén de auxiliar a los pecadores, sino que cifra en ello su felicidad. Así lo dijo a la venerable sor María Villani: «Después de la dignidad de Madre de Dios no tengo otro título del que más me gloríe que del de ser abogada de los pecadores». El fin para que María Santísima fue hecha Madre de Dios, dijo el Idiota, tomándolo de San Juan Crisóstomo, fue para que los que no se pudieran salvar atendiendo a la justicia divina, se salven mediante las súplicas maternas. Este fue el fin principal que Dios le encomendó al crearla y colocarla en el mundo: *Pastorea tus cabrillas*, en las que estaban representados los pecadores; cabritillos que fueron encomendados a María para que el día del juicio, si merecieron estar a la izquierda, estuviesen a

la derecha en virtud de su intercesión. «Sí, dice el abad Guillermo, conduce a los pastos los cabritos de tu rebaño, que los habrás de convertir en dóciles ovejuelas, y cuando llegue el día del juicio se los verá salvos por tu intercesión, colocados no a la izquierda, sino a la derecha del juez supremo».

2.º Todo pecador, con tal de que rece y esté animado de buena voluntad, puede confiar en María Santísima.—

Aquí es preciso preguntarnos con el abad Guillermo cuáles son los pecadores que se pueden llamar cabritillos de la Virgen: «No son, dice este autor, los que no alimentan devoción alguna hacia esta Santísima Virgen ni le piden la gracia de convertirse, porque éstos no estarán a la derecha del juez». Santa Brígida oyó que un día Jesucristo decía a la Virgen: «vos tendéis la mano a quienes se esfuerzan por levantarse hasta Dios». María ayuda a los que se esfuerzan por salir de su depravada vida y volver a Dios o, al menos, le piden les obtenga esta buena voluntad. Por lo que hace a quienes no tienen ni este deseo, es moralmente imposible que la Señora los ayude. Para que un pecador alcance, pues, la ayuda de María se requiere que la honre con particular confianza, y, como desdichadamente se halla en desgracia de Dios, tiene que pedir a la Santísima Virgen que le alcance su perdón y le ayude a salir de su miserable estado. Si esto hace, puede esperar el perdón, puesto que Dios nos dio a la Santísima Virgen precisamente para salir del pecado y emprender luego el camino de cielo. «La escogí, decía cierto día el Señor a Santa Catalina de Siena, para valerme de ella como de cebo exquisito en que piquen los hombres, y sobre todo los pecadores». La propia Santísima Virgen, empleando otra comparación, decía a Santa Brígida: «Igual que el imán atrae al hierro, atraigo yo a los más duros cora-

zones», para llevarlos a Dios, con tal, empero, de que estos corazones endurecidos por el pecado quieran salir de su miserable estado.

3.º *Esta confianza jamás fallará.*— ¡Si todos los pecadores fuesen a las plantas de María, a todos los habría de salvar, aun cuando sólo tuviesen deseo de ello! Y ¿qué temor de perderse, pregunta el abad Adán, podría tener el pecador que se encomienda a María y al que María se brinda por abogada y por Madre? Y dirigiéndose a María le dice: «O ¿es que no habías de rogar por el redimido al Redentor?» «Sin duda que lo habrías de hacer, porque quien puso a tu Hijo como mediador entre Dios y el hombre, te puso también como mediadora entre el juez y el reo».

PERORACIÓN: 1.º *Gratitud al Señor por habernos dado a María como mediadora.*— «Por lo tanto, pecadores míos, os dice San Bernardo, dad gracias al que os proveyó de semejante mediadora». Agradecemos a nuestro Dios que para manifestarnos su misericordia no sólo nos dio por abogado a su mismo Hijo, sino que, para infundirnos más ánimo y confianza, quiso darnos también a María como mediadora de paz.

2.º *Pongamos nuestra confianza en ella.*— Por esto la llama San Agustín la única esperanza de los pecadores. Y San Buenaventura añade: «Si temes que Dios te rechace airado por tus pecados, recurre a la esperanza de los pecadores, que es María». «Ella no puede rechazarte, pretextando que eres muy miserable, porque precisamente su oficio es el de prestar ayuda y asistencia a los miserables».

3.º *Encomendémonos a ella con esta confianza.*— Lo mismo dice Guillermo de París: «Tu oficio es ponerte como mediadora entre Dios y los hombres». Por esto, cuando recurramos a María, díglele cada cual con San-

to Tomás de Villanueva: «Por favor, abogada nuestra, cumplid con vuestro oficio». Ea, pues, Madre de Dios, puesto que sois la abogada de los miserables, cumplid con vuestro ministerio, ayudadme precisamente por ser lo miserable que soy, porque, si vos no me ayudáis, me perderé. Y continuémosle diciendo con San Agustín: «Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han implorado vuestra protección haya sido de vos abandonado». No quiero ser yo el primero que tenga la desventura de recurrir a vos y verse abandonado. (Acto de contrición.)

71. Cómo abusan los pecadores de la misericordia divina y cómo necesariamente provocan la cólera de Dios

I. ESTOS PECADORES MIRAN SÓLO LA MISERICORDIA DE DIOS Y DESPRECIAN LOS DE-RECHOS DE SU JUSTICIA: 1º. *Se dejan engañar por el demonio, que los excita, ya a la desesperación, ya a la desconfianza.*—Dice San Agustín que de dos modos engaña el demonio a los cristianos, con la desesperación y con la esperanza. Cuando el pecador se ve sumido en pecados y pecados, el enemigo lo tienta a desconfiar de la misericordia de Dios, poniéndole ante los ojos el rigor de la divina justicia. Antes del pecado le pone ante los ojos la gran misericordia de Dios, para que el temor de los castigos no sea parte a impedir la satisfacción de las pasiones.

San Agustín nos da, en consecuencia, este consejo: «Después de pecar espera en la misericordia, pero

antes de pecar teme la justicia». Después de pecar si desesperas de alcanzar el perdón de Dios, le ofendes con nuevo y mayor pecado recurre a su misericordia y te perdonará. Pero antes de pecar teme la justicia de Dios y no te apoyes en su misericordia, porque quien abusa de ella para ofenderlo no merece que Dios la ejerza con él. Quien ofende a la justicia, dice el Tostado, puede recurrir a la misericordia; pero quien ofende o irrita a la misericordia, ¿a quién recurrirá?

2.º *No se fijan en que Dios no prometió la misericordia cuando se abusa de ella.* —Dime a ver quién te prometió la misericordia a que te acoges cuando vas a pecar. No fue ciertamente Dios, sino el demonio, para que perdieses a Dios y te condenaras. «Cuídate, dice San Juan Crisóstomo, de mirar al perro que te promete la misericordia de Dios». Si en lo pasado ofendiste a Dios, pecador mío, espera, porque El prometió perdonar a quien se arrepiente del mal hecho; pero, si quieres proseguir en tu mala vida, teme que el Señor no te vuelva a mirar misericordiosamente y te envíe al infierno. ¿Para qué espera Dios al pecador? ¿Para que continúe injuriándolo? No; lo aguarda para que abandone el pecado y así pueda ejercer con él compasión y pueda perdonarlo: *Por eso Yahveh espera confiado en obrar graciosamente con vosotros, por eso ansía de vosotros compadecerse* (Js. 30, 18). Pero cuando el Señor ve que el pecador se vale del tiempo que le da para llorar los pecados cometidos aumentándolos aún más, ármase entonces de rigor, córtale los pasos enviándole la muerte, para que cese por fin de ofenderle, y, sin miramientos al perverso estado de su alma, lo llama a juicio en el mismo tiempo en que debía hacer penitencia.

3.º *Olvidan que, si la misericordia de Dios es infinita, son finitos los actos de tal misericordia.*—¿Qué

engaño tan común entre los cristianos y a cuántos ha condenado! Porque difícilmente se halla pecador tan obstinado que diga: *Yo quiero condenarme*. Pecan los cristianos y se quieren salvar diciendo: " *Dios es misericordioso; cometeré este pecado y luego lo confesaré*. He aquí el engaño, o por mejor decir, he aquí la red con la que el demonio arrastra tantas almas al infierno. *Peca, pues luego lo confesarás*.

Pero atended a lo que dijo Dios: *No digas: Grande es su misericordia, perdonará la multitud de mis pecados* (Ecci. 5, 6). No digas, dice el Señor, que la compasión del Señor es grande. ¿Por qué? Oíd la consideración que añade la Escritura: *Misericordia y enojo se dan en Él, y sobre los pecadores descansará su saña*. Hay mucha diferencia entre la misericordia y las misericordias de Dios. Su misericordia es infinita, pero los actos de esta misericordia son finitos. Dios es misericordioso, pero también es justo. Escribe San Basilio que los pecadores quieren considerar a Dios a medias, pensando que sólo es misericordioso para perdonar y no justo para castigar, y de esto se quejaba en cierta ocasión el Señor a Santa Brígida: «Yo soy justo y misericordioso, y los pecadores solamente ven mi misericordia». Y San Basilio añadía: «El Señor es bueno, pero también justo; no queramos considerarlo a medias». Puesto que Dios es justo, es imposible que los pecadores escapen a sus castigos. Decía el Santo P. Juan de Ávila que tolerar a quien se autorizara de la misericordia para ofender a Dios no sería ya misericordia, sino falta de justicia. La misericordia está prometida a quienes temen a Dios: *Su misericordia por generaciones y generaciones para con aquellos que le temen*. (Lc. 1, 50)

II. CUENTAN VANAMENTE CON LA MISERICORDIA DE QUE HAN SIDO OBJETO Y SE MUES-

TRAN INGRATOS.—Escuchemos al temario: «Dios siempre me ha tratado tan misericordiosamente; ¿por qué no había de esperar que me tratase de igual manera en adelante?» Respondo: ciertamente será así si es que cambias de vida, pero, si quieres seguir ofendiendo a Dios, declara el que se vengará de ti haciéndote caer en el infierno: *Correspóndeme a mí la venganza..., porque próximo está el día de su ruina, y precipítase su destino fatal* (Dt. 32, 35). Y David nos amonesta: *Si no se convirtieren, afilará su espada, y el arco tenderá y lo asestará* (Sal. 7, 13). El Señor tiene el arco tendido y espera que te conviertas, y si no quieres hacerlo, disparará contra ti la saeta y te condenará. ¡Dios mío!, algunos no quieren creer en el infierno sino cuando se abra para caer en él; pero cuando esto suceda, ya no habrá para ellos misericordia.

¿Podrás tú quizás, cristiano mío, lamentarte de la misericordia de Dios después de haber usado contigo de tantas misericordias, esperándote tanto tiempo? Deberías estar siempre rostro en tierra para agradecerse-lo, diciendo: *Es misericordia de Yahveh que no este-mos aniquilados*. Si las ofensas que has hecho a Dios las hubieras hecho a tu hermano carnal, ciertamente que no lo habría él soportado; Dios te ha sufrido con tanta paciencia y ahora vuelve a llamarte; si después de todo esto te precipita en el infierno, ¿lo acusarás de injusto? Dios te respondería" *¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera en ella?* (Is. 5, 4).

III. TIENEN UNA CONFIANZA FALSA E INJURIOSA A DIOS:

1º. *Confianza falsa y maldita*.—Escribe San Bernardo que la confianza que alimentan los pecadores cuando pecan, fiándose de la bondad de Dios, no les atrae las bendiciones, sino las maldiciones divinas. ¡Falsa

esperanza, que a tantos cristianos perdió! «Para animarse a pecar se acude a la esperanza, dice San Agustín; ¡maldita sea tal esperanza! No esperan que Dios les perdone los pecados de que se arrepienten, y esperan que, continuando en sus pecados, Dios use con ellos de misericordia, de modo que hacen a la misericordia divina esclava de sus pecados. ¡Sí, maldita sea tal esperanza!, a quien Dios Abomina: *Su esperanza será rendir el alma* (Job. 11, 2), dice el libro de Job. Esta esperanza hará que Dios los castigue más pronto, como el dueño que castiga al criado que le ofende, precisamente abusando de su bondad. Así, nota San Agustín, obra y dice el pecador: «Bueno es el Señor; hagamos lo que nos plazca». ¡A cuántos engañó esta vana esperanza! San Agustín lo recuerda también con estas palabras: «No se pueden contar los engañados por esta vana esperanza». San Bernardo dice que el castigo de Lucifer no se hizo esperar porque al rebelarse esperó que no se le castigaría. El rey Manasés había sido perdonado por Dios de sus pecados, y, al verlo, su hijo Ammón se entregó al desorden en la esperanza de que también a él se le perdonaría; pero para Ammón no hubo misericordia. Dice San Juan Crisóstomo que hasta Judas se perdió por traicionar a Jesús confiando en su bondad.

2.º *Confianza injuiciosa para Dios.*—Quien peca con la esperanza del perdón, diciendo: *Ya me arrepentiré, y Dios me perdonará*, éste, dice San Agustín, «se burla de Dios y no se arrepiente». Por el contrario, dice el Apóstol que Dios no se deja burlar: *De Dios nadie se burla* (Gal. 6, 7). Sería burlarse de Dios ofenderlo siempre que se quiera y siempre alcanzar el perdón. *Lo que siembre uno, eso mismo cosechará* (Gal. 6, 8), sigue diciendo San Pablo. Quien siembre pecados no

puede esperar más que odio de Dios y el infierno: *¿O es que menosprecias las riquezas de su benignidad, de su paciencia y de su longanimidad?*, continúa preguntando el Apóstol (Rm. 2, 4). Así desprecias, pecador, las riquezas de la bondad, de la paciencia y de la tolerancia que Dios usa contigo. Dice *riquezas* porque la misericordia que Dios usa con nosotros al no castigarnos luego del pecado es riqueza más preciosa que todos los bienes terrenos. ¿Ignoras, prosigue el Apóstol, *que la benignidad de Dios te lleva al arrepentimiento?* ¿No sabes que el Señor te espera y te trata con tal bondad, no para que continúes ofendiéndole, sino para que llores las ofensas que le hiciste? De otro modo, siempre según San Pablo, con tu obstinación e impenitencia acumularás tesoros de ira para el día de la ira, que será el del juicio de Dios contigo: *Según tu dureza en impenitente corazón, atesoras para ti ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios* (Rm. 2, 5).

72. Estos pecadores serán castigados sobre todo con el abandono de Dios

I. CÓMO ABANDONA DIOS A ESTOS PECADORES:

1.º *Dios ordena a la muerte que hiera de improviso al pecador.*—Al endurecimiento del corazón siguióse el abandono de Dios, que dirá al alma empecatada lo que dijo de Babilonia: *Hemos intentado curar a Babilonia, mas no sana; abandonémosla.* Mas ¿cómo abandona Dios al pecador? Ordenando a la muerte que

le hiera súbitamente cuando se halla en pecado mortal.

2.º *O privándole de las gracias necesarias para convertirse de verdad.*—A este pecador déjale Dios sólo con la gracia suficiente, con la que podría salvarse; pero no se salvará. La ceguera del espíritu, el endurecimiento del corazón, la fuerza de los malos hábitos, hará moralmente imposible su salvación, por lo que no estará absoluta pero sí moralmente abandonado: *Quitaré su seto y servirá ella de pasto*; cuando el viñador quita la tapia y permite la entrada a cuantos quieran entrar, es señal de que la abandona, Así obra Dios cuando abandona el alma; quítale la valla del santo temor, el remordimiento de la conciencia, y la deja en la oscuridad.

3.º *Por su parte, el pecador se entrega a todos los vicios y llega hasta despreciarlo todo.*—Entonces penetran en el alma todos los vicios: *Echas tú las tinieblas y es de noche; en ellas se deslizan todas las alimañas de la selva.* El pecador abandonado en el profundo de tales pecados acabará por despreciarlo todo: avisos, excomuniones, llamamientos divinos, castigos e infierno, y hasta se mofará de su propia condenación: *Cuando llega el mal, viene también el desprecio, y con la ignominia, el oprobio* (Pv. 18, 3).

II. LA PROSPERIDAD DE QUE DISFRUTA EL PECADOR HACE MÁS CIERTO ESTE ABANDONO.—Preguntaba el profeta Jeremías: *¿Por qué el proceder de los impíos prospera?* (Jr. 12, 1). Y a continuación exclamaba: *Sepáralos como ovejas para el degüello.* ¡Pobre del pecador que prospera en esta vida! Señal es de que Dios quiere recompensarle en la vida sus obras naturalmente buenas, reservándolo como víctima de su justicia para el infierno, donde, cual maldi-

ta cizaña, será arrojado a arder por toda la eternidad, según aquello del Evangelio: *Al tiempo de la siega dirá a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla.* (Mt. 13, 30).

III. LA PROLONGACIÓN DE LA VIDA HACE MÁS TERRIBLE ESTE ABANDONO.— Que Dios deje vivir al pecador sin castigo es el más terrible de los castigos con que amenaza por Isaías a los pecadores obstinados: *Si el impío es compadecido, no aprende justicia* (Is. 36, 10). San Bernardo decía comentando este texto: «Yo no quiero tal género de misericordia, pues se me hace más terrible que todos los estadillos de la ira divina». El mayor de los castigos es el abandono en manos del pecado, ya que, al permitir Dios que se caiga de pecado en pecado, se acabará por ir a padecer en los infiernos por todos los pecados cometidos, según aquello de David: *Haz que añadan maldad a su maldad..., sean borrados del libro de los vivos* (Sal. 68, 28). San Roberto Belarmino dice a este propósito: «No hay castigo mayor que aquel en que el pecado es castigo del pecado». Más les valdría a tales pecadores haber muerto luego del primer pecado, pues muriendo con el cúmulo de tantas iniquidades tendrán que padecer tantos infiernos cuantos pecados cometió.

1.º *Ejemplo en apoyo de esta doctrina.*— Esto acaeció a cierto actor de Palermo llamado César. Paseábase con un amigo y le contó lo siguiente: «Un gran misionero, el P. Luis de Lanuza, me predijo que Dios me concedía aún doce años y que, si en este tiempo no me convertía, acabaría desgraciadamente. Desde aquel día me puse a recorrer mundo; muchas veces estuve enfermo, y especialmente una vez, en que me vi reducido al extremo de gravedad; en este mes en que se

cumplen los doce años de plazo me hallo mejor que todos los pasados, por lo que te invito a que vengas a presenciar una nueva comedia que estrenaré, compuesta por mí». Y ¿qué es lo que aconteció? El 24 de noviembre del 1668, día en que había de estrenar la comedia, cuando estaba para salir a escena, le dio un ataque de aplopejía, del que murió repentinamente en brazos de otra cómica, acabando tan trágicamente para él la escena de este mundo.

PERFORACIÓN.— Para terminar, apliquémonos el sermón.

1.º *Repasad vuestros pecados pasados y temed.*— Hermano mío, te ruego que eches una ojeada a todos los años pasados, para ver los que hayas ofendido a Dios y las misericordias que Él ha tenido contigo, las luces que te ha dispensado, las veces que te ha llamado para que cambiaras de vida. Hoy, por medio de este sermón, ha tornado a llamarte, y me parece que te dice: *¿Qué más cabía hacer a mi viña que yo no hiciera en ella?* (Is. 5, 4) *¿Qué más debiera haber hecho por ti que no lo haya hecho?* Responde, a ver. *¿Quieres entregarte a Dios o quieres seguir ofendiéndole?* Piensa, dice San Agustín, que se te ha diferido, pero no perdonado, el castigo. «Árbol infructuoso, son sus palabras, si el hacha te ha perdonado hasta ahora, no te creas seguro, porque puede caer sobre ti». De modo que, si en adelante abusares de la divina misericordia, puedes ser abatido, es decir, te sobrevendrá el castigo. *¿Qué esperas? ¿A que el mismo Dios te lance al infierno?* El Señor calló hasta ahora, pero no siempre calla; y cuando llegue el tiempo de la venganza, te dirá: *Esto hiciste, ¿y yo voy a callar? ¿Te imaginabas que era como tú? Yo te argüiré y pondrélo ante tus ojos* (Sal. 49, 21). Te pondrá ante la vista las gracias

de que te colmó y tú despreciaste, y ellas serán quienes te juzguen y te condenen.

2.º *Apresuraos a convertirlos.*—Ea, pues, no resistáis más a Dios, que os llama, y recelad no sea ésta la postrer llamada suya. Confesaos prestadme y formad la resolución de cambiar de vida, porque de nada valdría que os confeseis y volvierais luego a las andadas.

3.º *Confíad en Dios, que os sostendrá.*— ¡Ah!, me diréis, no tenemos fuerzas para resistir las tentaciones. ¿Sí? Pues escuchad lo que dice el Apóstol: *Fiel es Dios, quien no permitirá que seáis tentados más que lo que podéis* (1Cor. 10, 13). Luego, si experimentáis no tener fuerzas por vosotros mismos para resistir al demonio, pedídlas a Dios y Él os la dará: *Pedid y recibiréis* (Jn. 16, 24). *Invocaré al Señor, digno de loa, y de mis enemigos seré salvo* (Sal. 17, 4), decía David. Y San Pablo añadía: *Para todo siento fuerzas en aquel que me conforta* (Fil. 4, 13). No puedo nada, pero con la ayuda divina lo puedo todo. Así habéis de encomendaros a Dios en todas las tentaciones, y Dios os dará fuerzas para resistir y no sucumbir.

73. A qué medio ha de recurrir el pecador para salvarse

I. DEBE RESOLVERSE A CAMINAR POR EL CAMINO ESTRECHO.— *Y le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? El les dijo: Procurad con empeño entrar por la puerta estrecha, porque muchos, os lo aseguro, tratarán de entrar, y no lo lograrán* (Lc. 13, 23-24) ¿Por qué? Porque quieren entrar en el cielo, pero

sin violentarse, sin luchar contra el atractivo de los placeres ilícitos. Por esto dice Jesucristo: *Procurad con empeño entrar por la puerta estrecha*. La puerta del cielo es estrecha y para entrar en él hay que esforzarse.

II. DEBE ENTRAR EN ÉL LO MÁS PRONTO POSIBLE.— Persuadámonos, sobre todo, de esto: que lo que podemos hacer hoy no estaremos en condiciones de poder hacerlo siempre. Este es el engaño que a tantos precipitó en el infierno. En efecto, como ya apuntamos en el punto primero, más tarde nuestra alma se sentirá más débil, más cegada, más insensible, y fallará el auxilio divino, quedando así muerta en sus pecados.

Decís: *Más tarde me convertiré*, luego reconocéis que para salvaros tenéis que abandonar el pecado. Y si es necesario abandonar el pecado, ¿por qué no le abandonáis ahora que Dios os llama? «Si alguna vez hay que hacerlo, decía San Agustín, ¿por qué no hacerlo ahora?» El tiempo que ahora tenéis para convertirlos, más tarde no lo tendréis, la misericordia de que Dios hace ahora gala a favor vuestro no la usará siempre. Por lo tanto, si queréis salvaros, lo que tendríais que hacer más tarde, hacedlo ahora. Confesaos lo más pronto posible y temed que el más mínimo retardo voluntario no sea causa de vuestra ruina eterna.

Dice San Fulgencio: «Si estuvieras enfermo y el médico te prometiera la curación inmediata, ¿rehusarías el curar entonces, esperando que luego curarías? Nadie, prosigue el santo, debe permanecer en pecado, esperando en la misericordia divina, como tampoco quiere nadie permanecer enfermo con la esperanza de que luego sanará». ¿Cómo, pues, te atreverías a permanecer en pecado, comprometiendo tu eterna salvación, y todo ello fiado en que más adelante usará Dios

contigo de misericordia, ¿qué sería de ti sino una nueva víctima más del infierno? Concluycamos, pues, con el Apóstol: *Según tengamos oportunidad, obremos el bien*. Quizás este tiempo nos falte más adelante. Por esto nos exhorta el Señor a permanecer vigilantes, porque ignoramos la hora en que Dios haya de venir a tomar las cuentas de nuestra vida: *Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora* (Mt. 25, 13).

Quien tiene en el dedo un diamante de gran valor, lo mira a menudo, no sea que desaparezca, y esto debemos hacer a menudo con las cosas del alma. Si, por desgracia, la viéremos perdida por el pecado, debemos al punto recuperarla con toda diligencia, recurriendo a nuestro Salvador Jesús, como hizo la Magdalena, *la cual, enterándose que comía en casa del fariseo*, se postró a los pies de Jesús y obtuvo el perdón con sus lágrimas.

III. DEBE ROMPER VALIENTEMENTE TODAS LAS CADENAS.— Leemos en San Lucas: *El hacha está puesta a la raíz de los árboles*. Quien se halle en estado de pecado no olvide que la espada de la divina justicia pende sobre su cabeza para cortarle el hilo de la existencia cuando llegue el día de la venganza. ¡Ea, pues, alma cristiana!, tú, que gimes aherrojada por cualquier mal hábito, rompe luego las cadenas y no permanezcas más tiempo esclava de Satanás. *Desata la ligaduras de tu cuello*. San Ambrosio añade: «Tú, que pisaste el abismo de la culpa, apresúrate a retirar la planta». El abismo es el pecado, que lleva a la boca del infierno; pie atrás retrocede, que de otro modo te aguarda una infelicidad eterna.

PERORACIÓN: 1.º *Con la oración hallaréis fuerza para vencerlo todo.—El mal hábito es más fuerte*

que yo. Si quieres romper con el pecado, ¿quién te obligará a él si resistes?

Con la gracia de Dios se triunfa de todos los malos hábitos y de todas las tentaciones del infierno. Encomendaos de todo corazón a Jesucristo y os dará fuerzas para vencerlo todo.

2.º *Apartad todas las ocasiones*— Si os halláis en alguna ocasión de pecado, apartadla cuanto antes, que, si no, volveréis a caer. Escribe San Jerónimo: «Más bien que desatar, corta». No te entretengas en soltar el nudo poco a poco, sino córtalo de golpe, pues el demonio lo que va buscando es ganar tiempo. Vete a buscar un buen confesor, y él te enseñará lo que tengas que hacer.

3.º *Confesaos inmediatamente luego de la recaída*.—Si después de todo esto tuvieras la desgracia de recaer en cualquier pecado mortal, vete de prisa al confesor en aquel mismo día, si puedes; mas ¿qué digo?, aun en aquella misma noche.

4.º *No despreciéis un consejo que tal vez pueda ser el último*.—Escucha, finalmente, lo que ahora te digo: Dios está presto a socorrerte, de ti depende el querer salvarte.

Tiembla, hermano mío, si desprecias mis palabras, que se convertirían en espada que te desgarraría en el infierno por toda la eternidad.

74. Idea general de la felicidad del cielo

I. LOS BIENES DEL CIELO SON INCOMPREENSIBLES. TEXTO DEL APÓSTOL.—Dice el Apóstol que los bienes que Dios tiene preparados para las al-

mas que le aman son incomprensibles mientras vivamos en la tierra: *Lo que ojo no vio, no oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman* (1Cor. 2, 9)

II. LOS BIENES DEL CIELO SON INCOMPARABLES: 1.º *Elevados por cima de cuanto se puede pensar.* En la tierra nos podemos tener idea de otros bienes que de los temporales que disfrutamos por medio de los sentidos. ¿Creemos tal vez que el cielo vaya a ser bello con la belleza de la campiña en tiempo primaveral, florida de arboledas y sonora deavecillas cantoras? ¿O quizás lo imaginamos como un florido jardín bordeado de fuentecillas murmuradoras? Al contemplar tales jardines exclamamos: ¡Esto es un paraíso! Pero, las bellezas del cielo son infinitamente mayores que esto.

2.º *Agradables y sin mezcla de pena alguna.*— San Bernardo escribía del cielo y decía: ¿Quieres, hombre, saber lo que es el cielo? Pues es la patria feliz donde nada hay que desagrade y se halla todo lo que se puede desear. Ciertó que hay cosas en la tierra que agradan a los sentidos, pero, en desquite, ¡cuántas hay que causan sufrimiento! Nos agrada la luz del día, pero nos desagrade la oscuridad de la noche. Nos agrada la amenidad primaveral y otoñal, pero nos mortifican los calores estivales y el frío invernal. Añadid a esto las penalidades de la enfermedad, las persecuciones de los hombres, las escaseces de la pobreza. Más aún, sumad las angustias interiores, los temores, las tentaciones de los demonios, las angustias de la conciencia y la incertidumbre de la salvación eterna.

75. Felicidad secundaria

I. EL ALMA BIENAVENTURADA ESTÁ AL ABRIGO DE TODO SUFRIMIENTO. EXPLICACIÓN.— Más cuando los bienaventurados entren en el cielo, no tendrán ya tales angustias, pues Dios les habrá enjugado las lágrimas derramadas en la tierra: *Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no existirá ya más, ni habrá ya más duelo, ni grito, ni trabajo; lo primero pasó. Y dijo el que estaba sentado en el trono: «He aquí que hago nuevas todas las cosas»* (Ap. 21, 4-5). En el cielo no hay muerte ni temor de morir, no hay dolores ni enfermedades, no hay pobreza ni incomodidades, no hay sucesión de días ni de noches, de verano ni de invierno; allí se disfruta de un día siempre sereno, de primavera siempre florida. Allí no hay persecuciones ni envidias, pues todos se aman tiernamente y cada cual disfruta con el bien ajeno como si fuese propio. No hay allí temores de perderse, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios.

II. DISFRUTA DE TODAS LAS DELICIAS.— En el cielo, dice San Bernardo, se halla todo lo que se puede desear. *He aquí que hago nuevas todas las cosas*. Todo allí es nuevo: nuevas hermosuras, nuevas delicias, nuevos goces, y cada cosa satisfará nuestros deseos.

1.º *Disfrute de la vista: hermosura del cielo, de los santos, de la Santísima Virgen María, de Jesucristo.*— La vista disfrutará del cautivador espectáculo de tan hermosa ciudad.

¡Qué delicia fuera ver una ciudad en que las calles fueran de cristal, las casas de plata, con sus ventanas de oro, y enguinaldada toda ella de fragantísimas flo-

res! y ¡cuánto más hermosa será la hermosa ciudad del paraíso! La belleza de aquel lugar aumentará con la belleza de sus moradores, todos ellos vestidos de reyes, pues todos lo son, como dice San Agustín: «Tantos reyes cuantos ciudadanos». ¿Qué habitantes del cielo? ¿Qué será mirar la belleza de Jesucristo? Santa Teresa, con sólo ver una mano de Jesucristo, quedó arrebatada ante tamaña hermosura.

2.º *Satisfacción del olfato*.— El olfato será saciado con perfumes celestiales.

3.º *Satisfacción del oído: cánticos embriagadores de la patria celestial*.— Para el oído también habrá armonías celestiales. San Francisco oyó en cierta ocasión que un ángel pulsaba un instrumento musical, y creyó morir de suavidad. ¡Qué será oír a los santos y ángeles cantar las alabanzas divinas! *Te alaban de continuo*. Y, sobre todo, ¡qué cautivador será oír cómo María exalta la gloria divina! Dice San Francisco de Sales que la voz de María será como la del ruiñeñor, que supera a todas las avecillas del bosque. En una palabra, que en el cielo se hallan reunidas todas las delicias que se pueden anhelar.

76. Felicidad principal

I. LA FELICIDAD PRINCIPAL Y ESENCIAL DEL CIELO CONSISTE EN LA VISIÓN BEATÍFICA. DESARROLLO: 1.º *La visión y el amor de Dios forman el cielo*.— Pero la reunión de todas estas delicias sólo constituye la menor parte del cielo. Lo que forma en verdad el cielo es el ver y amar

cara a cara a Dios. «En dos sílabas, dice San Agustín, expresamos lo que esperamos: Dios».

2.º *Esta es la recompensa prometida.*— El premio que Dios nos promete no son tan sólo las hermosuras, las armonías ni las delicias de la patria celestial; el premio principal, que constituye el paraíso, es el mismo Dios manifestándose a los bienaventurados: *Tu salario será sobremanera grande*, dijo el Señor a Abram. (Gen. 15, 1)

3.º *Sin Dios no hay cielo, con Dios, todo es cielo.*— San Agustín es de opinión que, si Dios dejara ver a los condenados la belleza de su rostro, «el infierno se convertiría al instante en cielo deleitoso»; y añade que si un alma salida de esta vida tuviera que escoger entre bajar al infierno con la seguridad de ver allí a Dios o bien ir a disfrutar del cielo, pero de tal suerte que no vería a Dios, el alma, dice el santo, se decidiría por el infierno, donde Dios le mostraría la hermosura de su rostro.

II. ESTA FELICIDAD SE EXPERIMENTA, SOBRE TODO, EN EL AMOR DIVINO INSPIRADO POR LA VISIÓN BEATÍFICA. DESARROLLO: 1.º *Grandeza de esta felicidad: amar a Dios en la tierra hace ya a uno feliz, ¿qué no le hará el amor beatífico?*— Los goces del espíritu sobrepasan inmensamente a los de los sentidos. Amar a Dios, aun en esta vida, es cosa tan dulce que, cuando se comunica a las almas sus predilectas, llegan éstas a elevarse de la tierra con sus cuerpos. San Pedro de Alcántara fue una vez arrebatado en éxtasis tan fuerte, que arrancó y llevó consigo por los aires un árbol al que se había agarrado y con la fuerza del éxtasis desarraigó. Tanta es la dulzura del amor divino, que los santos mártires, cuando se hallaban en los tormentos, se diría que no los sentían

y se alegraban de padecerlos; por esto escribe San Agustín, hablando del padecimiento de San Lorenzo en la parrilla, que el ardor del amor divino no le hacía sentir el ardor del fuego. Más aún: hasta en las mismas lágrimas de arrepentimiento de los pecadores sabe Dios mezclar una dulzura muy superior a todas las satisfacciones de los sentidos; por lo que exclama San Bernardo: «Si tan dulce es llorar contigo, ¿qué será, Señor, disfrutar de ti?»

¡Qué suavidad experimenta el alma a la que Dios en la oración ilumina con un rayo de su luz y le muestra su infinita bondad, las misericordias de que la ha colmado y el amor que le ha testimoniado Jesucristo al morir por ella! Siéntese entonces el alma consumida y desfallecida de amor.

Con todo en esta tierra no vemos a Dios tal cual es, sino de modo obscuro; y como dice San Pablo: *Ahora vemos por medio de espejo en enigma; mas entonces, cara a cara* (1Cor. 13, 12). De momento, el Señor no se nos manifiesta, sino que se esconde tras el velo de la fe.

¿Qué sucederá cuando se levante este velo y nos conceda contemplarlo cara a cara? Entonces veremos la hermosura de Dios, su grandeza, su perfección, su amabilidad y cuánto nos ama.

2.º *Auméntase esta felicidad por la certidumbre de amar a Dios y por el recuerdo de su amor y de sus beneficios.*— *Ningún hombre sabe si es objeto de amor o de odio.* (Eccl. 9, 1). La mayor pena que aflige a las almas amantes de Dios en esta vida es el temor de no amar y de no ser amadas de Dios; en el cielo están seguras de que aman y de que son amadas de Dios; ven que el Señor las tiene abrazadas con grande amor y que este amor no se romperá ya por toda la eternidad.

Acrecentará entonces este amor el considerar cuánto la ha amado Jesucristo al sacrificarse por ella en la cruz y haber quedado por su alimento en el Sacramento del altar. Verá a la vez, indistintamente, todas las gracias de que el Señor la ha colmado y todos los auxilios que ha recibido para no sucumbir a las tentaciones y para atraerla a su amor; comprenderá entonces que aquellas tribulaciones, pobreza, enfermedad, persecuciones, que pensaba eran desgraciadas, fueron otras tantas pruebas de amor y medio de que la divina Providencia se valió para llevarla al paraíso. ¡Cuántas luces, cuántas invitaciones llenas de amor, cuántas señales de misericordia recibidas de Dios, a pesar de tantos pecados! Finalmente, desde lo alto de la montaña venturosa del paraíso descubrirá muchedumbre de almas menos culpables que la suya, condenadas a gemir en el infierno, mientras ella disfruta, segura de no poder perder a Dios.

3.º *Lo que llega al summum: el alma está plenamente saciada de Dios, disfrutando siempre una alegría nueva; se pierde deliciosamente en Dios; ama a Dios perfectamente y sin cesar.*— Los bienes de la tierra no sacian nuestros deseos, y aun cuando al principio halaguen los sentidos, nos habituamos a ello y acabamos por encontrarlos insípidos. Mas los bienes del cielo sacian y contentan siempre el corazón: *Saciarme he, al despertar, con tu figura.* Y, a pesar de saciar plenamente, siempre se los desea y siempre se los alcanza. Dice San Gregorio: «El disfrute responde inmediatamente al deseo». Por esto el deseo de los binaventurados no engendra pena, porque está siempre saciado, y el disfrute de cada instante, completo, desbordante, no causa sed, saciando siempre de contento. El alma está, pues, siempre ávida y siempre

colmada en sus deseos. Así como los condenados son casos llenos de ira y de pena: *Vasos de ira dispuestos para la perdición*, así los bienaventurados son vasos llenos de misericordia y de gozo, de modo que no tiene más que desear: *Dasles a beber en el torrente de tus mismas delicias* (Sal. 35, 9). Entonces sucederá que el alma, al contemplar la hermosura de Dios, será de tal modo inflamada y embriagada en amor divino, que se perderá felizmente en Dios, se olvidará por completo de sí misma y no pensará desde entonces sino en mar y alabar el inmenso bien que posee y poseerá por toda la eternidad, sin temor de volverlo a perder.

Cierto que en la tierra las almas santas aman a Dios, pero no lo pueden amar con todas las fuerzas ni amarlo siempre actualmente. Dice Santo Tomás que este perfecto amor se concede sólo a los ciudadanos del cielo, que aman a Dios con todo el corazón y nunca dejan de amarlo actualmente.

PERORACIÓN: 1.º *Esforcémonos cuanto podamos para merecer el cielo.*—Razón tiene San Agustín para decir que para merecer la gloria eterna del cielo hay que abrazarse con un perpetuo trabajo. *Los padecimientos del tiempo presente no guardan proporción con la gloria que se ha de manifestar* (Rm. 8, 18), dice San Pablo; es decir, que para merecer el cielo serán poco los padecimientos posibles llevados resignadamente.

2.º *Soportemos todos los sufrimientos en vista de la felicidad celestial.*—Suframos en adelante pacientemente, amadísimos hermanos, cuanto hayamos de sufrir en los días que nos restaren de vida; todo es poco, por no decir todo es nada, a trueque de alcanzar el paraíso. Llevémoslo también alegremente; día habrá

en que acaben estas penalidades, dolores y persecuciones, y se trocarán para nosotros, si nos salvamos, en gozo y eterno contento: *Vuestra congoja se tornará en gozo* (Jn. 16, 20), dijo Jesucristo. En consecuencia, cuando nos aflijan las cruces de la vida, alcemos lo ojos al cielo y consolémonos con la esperanza del paraíso. San Zósimo, abad, preguntó a Santa María Egipcíaca, en la hora de la muerte, cómo había podido pasar cuarenta y siete años en medio de tantos sufrimientos en el desierto, y ella le respondió: «Con la esperanza del cielo». También ahora sentiremos las tribulaciones de esta tierra, pero alegrémonos; amemos a Dios y merezcamos el cielo. Allí nos esperan los santos, la Santísima Virgen y el mismo Jesucristo con la corona para hacernos reyes de aquel reino celestial.

ÍNDICE

Prólogo	3
1. Perdida el alma, se habrá perdido todo	7
2. Perdida el alma, se habrá perdido para siempre	12
3. Los mundanos viven vida desgraciada	14
4. Los mundanos se ponen en peligro de caer en una eternidad mucho más desgraciada todavía	17
5. Cuán desgraciada es la vida del pecador	23
6. Cuán feliz es la vida del pecador	30
7. Los verdaderos insensatos son los pecadores	32
8. Los santos son los verdaderos sabios	38
9. El tiempo es precioso	41
10. Se desprecia desgraciadamente el tiempo ...	42
11. Perder el tiempo es un mal y un peligro	43
12. El pecado mortal es un gran desprecio de Dios	50
13. Gran pena causada a Dios por el pecado mortal	55
14. La vergüenza es falsa por su naturaleza	58
15. La vergüenza es falsa por sus efectos	59
16. La vergüenza es falsa por sus pretextos	61
17. Pena que causa a Dios el pecado de escándalo	66
18. Castigos de Dios para los escandalosos	70
19. Extrema gravedad del pecado de blasfemia ...	76
20. Terrible rigor con que Dios castiga la blasfemia	82

21. Gravedad del pecado de impureza	86
22. Gran error ser indulgente con la impureza ..	93
23. Las conversaciones impuras causan un enorme mal	96
24. Hablar deshonestamente es hacerse mucho mal a sí mismo	99
25. Cuando constituye pecado el mal pensamiento	104
26. Peligro que encierran los malos pensamientos	109
27. Remedios contra los malos pensamientos ...	110
28. Qué almas se hallan en estado de tibieza	113
29. Peligro que corren estas almas	115
30. Quiénes han de temer este peligro	119
31. Los malos hábitos ciegan la mente	122
32. Los malos hábitos endurecen el corazón	125
33. Los malos hábitos debilitan las fuerzas	128
34. La muerte es cierta	131
35. La hora de la muerte es incierta	136
36. Todo acaba	140
37. Todo acaba pronto	144
38. Muerte del pecador	149
39. Los asaltos del demonio	152
40. El temor de la muerte eterna	153
41. Muerte del justo	157
42. Nos libra de las faltas cotidianas	162
43. Nos libra del peligro de caer en el infierno ...	163
44. Cuando vea a su juez (el alma citada)	169
45. Terror del alma cuando sea examinada y juzgada	172
46. Cuando oiga la sentencia de condenación ...	177

47. El juicio universal	179
48. Audiencia en el tribunal de Jesucristo	181
49. Las dos sentencias	184
50. Las penas del infierno	186
51. De las otras penas de sentido.....	188
52. El pensamiento de la eternidad los hace insoportables	192
53. El gran dolor de la pérdida de Dios	194
54. Qué contribuye a aumentar este dolor	199
55. Cuál es lo sumo de este dolor	202
56. Remordimientos del condenado	204
57. Pensará que se condenó por poca cosa	206
58. Tristeza enorme al considerar el gran bien que perdió	208
59. El pensamiento de la eternidad, ¡gran pensamiento!	210
60. El tormento de la eternidad es el gran tormento	213
61. La eternidad del infierno es cosa terrible	216
62. La misericordia divina llama a penitencia...	220
63. La misericordia divina espera que se conviertan.....	223
64. La misericordia divina acoge a los pecadores.....	226
65. Compasión de Jesucristo manifestada en la redención.....	228
66. Conmovedores rasgos de la vida del Salvador	231
67. Invitaciones apremiantes de Jesucristo	235
68. María es la reconciliadora de los pecadores ...	236
69. María es con justicia nuestra esperanza.....	240